



TESTIMONIOS - Coincidiendo con el II Congreso de Signis España (Madrid, 17 y 18 de octubre), sobre La mirada de la fe en el cine, hemos querido saber si cala o no entre el público el llamado 'cine religioso'. ¿También a él le afecta la crisis, o intervienen otros factores?

Meses atrás, cualquier navegante en busca de películas sobre cine religioso podía toparse en la Red con www.cinereligioso.es, "la mejor información y recursos sobre cine religioso", según rezaba en su cabecera esta web. Hoy, si quien está leyendo estas páginas decide clicar ese enlace, encontrará otro mensaje: "El dominio cinereligioso.es está en venta".

¿La crisis económica? ¿La crisis del cine, con su IVA cultural del 21%? ¿La crisis religiosa?... Todo ayuda, por supuesto. Sin embargo, quienes conozcan –o, al menos, intuyan– los entresijos de la industria del celuloide (productores, distribuidores, exhibidores...), los gustos del público o la pérdida de protagonismo de lo religioso en las sociedades occidentales contemporáneas, enseguida entenderán que aquellas superproducciones que las parrillas televisivas programan año tras año cada Semana Santa son ya historia.

Que cumplieron su cometido como vehículo de entretenimiento y transmisor de valores, pero que hoy difícilmente encontrarían acomodo en una cartelera que devora estrenos sin piedad, sin la necesaria pausa para interiorizar títulos llamados a ser algo más que un lúdico pasatiempo.

¿Cómo reinventarse para sobrevivir en esa batalla a campo abierto del mercado, sin renunciar a unas señas de identidad que no pocos espectadores –por desgracia, menos de los deseables– buscan cuando acuden a una sala de cine? ¿Cómo hacerlo, además, sin perder la fe y –por qué no decirlo– el dinero? El desafío es mayúsculo. Y urgente, aunque quizá convenga detenerse antes en una necesaria aclaración terminológica para no errar el tiro en las respuestas: ¿cine religioso o cine espiritual?

"Frecuentemente, el cine religioso es cine espiritual", responde Peio Sánchez, sacerdote y profesor de Teología en Barcelona. Si bien admite la existencia de "relatos audiovisuales que se han alejado más de la vertiente artística para convertirse, con todo derecho y dignidad, en transmisiones de contenidos catequéticos".

Quizá por eso, y aun reconociendo el valor del cine religioso "más concreto" (cristiano, budista, judío o islámico) sobre temas, personajes o instituciones que tienen que ver directamente con cualquiera de las religiones, el también crítico y promotor de la Semana de Cine Espiritual apuesta por "un planteamiento más amplio y con más posibilidades tanto para el diálogo con la cultura como para la evangelización": el cine espiritual, donde muy bien podrían encuadrarse "películas que plantean las cuestiones últimas y directores formalmente más interesantes".

Y cita nombres como Dreyer, Kieslowski, Bresson o Tarkovski, sin olvidar a Terrence Malick o el Clint Eastwood de Gran Torino, que "se abren al misterio trascendente, que apunta al Dios

trinitario o señala la presencia de Cristo en la historia y en el corazón de las historias personales”.

Un enfoque que se sitúa en la línea de ese “cine humanista de cierta entidad” por el que aboga José Luis Sánchez Noriega, profesor de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid y crítico de la desaparecida revista Reseña.

Se trata de un cine “espiritual en cuanto prerreligioso”, que “plantea preguntas sobre el ser y la existencia de las personas en el mundo”, y que es “mucho más valioso y significativo” dentro del panorama cinematográfico actual. Y lo ilustra con dos ejemplos recientes: La vida de Pi y El árbol de la vida.

*El desafío es mayúsculo. Y urgente,
aunque quizá convenga detenerse antes
en una necesaria aclaración terminológica
para no errar el tiro en las respuestas:
¿cine religioso o cine espiritual?*

Sin embargo, hay quienes, como Juan Orellana, sostienen que es “más precisa” la expresión cine religioso, pues “alude al sentido religioso de todo ser humano, a la búsqueda de un Tú que responda a las exigencias más profundas del corazón humano”.

No es que el director del Departamento de Cine de la Conferencia Episcopal Española (CEE) y crítico en diversos medios (COPE, 13tv...) cuestione la validez del término cine espiritual, pero considera que, “en la cultura posmoderna, puede tener connotaciones de abstractos esoterismos o filosofías mistificadoras de corte new age”.

Claro que puede darse el caso de que no haya lugar para tal disyuntiva. Mejor hablar de “géneros clásicos” (drama, comedia, aventura, terror...) y considerar el cine religioso como “un epígrafe o una subclasificación dependiendo del tema central en torno al que gira toda la historia de la película”.

Así lo entiende Pablo Moreno, y así lo explica: “Si hablamos de una película bíblica cualquiera, estaremos ante un drama histórico inspirado en temas bíblicos; por lo tanto, es una película donde se aborda un hecho religioso; podríamos decir que es cine religioso, pero también, en muchos casos, es una película épica de aventuras”.

En cuanto al cine espiritual, el presidente de Contracorriente Producciones y director de títulos como Pablo de Tarso, el último viaje (2009) o Un Dios prohibido (2013) defiende que ese distintivo de espiritual se hace presente como “un tema transversal” en muchas de las cintas que se estrenan cada año, independientemente del género clásico al que pertenezcan.

Ello significa que el concepto cine espiritual es “tan amplio que no podría clasificarse como un simple género”, lo cual no implica que no puedan “extraerse esos matices espirituales presentes en mayor o menor porcentaje en una película”.



De todo un poco

Religioso o espiritual, más allá de matices, lo que a la postre importa es si este tipo de cine reúne hoy la suficiente calidad para despertar el interés del público. Aquí las opiniones difieren, aunque existe un cierto sentir común: hay de todo un poco.

Un todo en el que despuntan “películas maravillosas”, recuerda el propio Moreno, que “tienen cierta actualidad sin ser actuales”: desde *El Evangelio según San Mateo*, de Pasolini, a *Ordet*, la *Palabra*, de Dreyer, pasando por “las espectaculares películas de Hollywood” como *Los Diez Mandamientos*, *Quo vadis* o *Ben Hur*. A las que no olvida añadir otras más actuales: *La Pasión*, de Mel Gibson; *Prefiero el Paraíso*, de Giacomo Campiotti; *Teresa de Calcuta*, de Fabrizio Costa; o *El árbol de la vida*, de Terrence Malick.

Sin detenerse en títulos, Peio Sánchez avala esa diversidad remitiéndose a lo que él llama “actores preferentes” dentro del cine religioso. A saber, el evangelismo norteamericano, cuyas películas van “desde la catequesis audiovisual o el telefilme popular a obras verdaderamente interesantes, con más o menos medios”; el cine católico, procedente a menudo de Italia, con cintas vinculadas a la RAI (casi siempre vidas de santos o de personajes significativos de Iglesia), “realizadas con bastante dignidad pero con un estilo muy semejante”; la “fuerte presencia” del cine de inspiración budista; la “menor pero significativa” distribución del cine de influencia islámica; el vinculado al universo judío, a través de algunas grandes producciones de Hollywood, como el *Lincoln* de Spielberg; o el hindú, de “muy escasa distribución entre nosotros”.

Algo más crítico se muestra Sánchez Noriega, quien no duda en distinguir entre esas películas protagonizadas por sacerdotes o religiosos cuyo interés radica en “su autenticidad en la presentación de conflictos bastante complejos, incluidas no pocas contradicciones”, y las que encarnan un “cine neoconfesional y hasta neoclerical que remeda, con cierto rejuvenecimiento formal, a las películas apologéticas de los años 40 o 50”.

*Religioso o espiritual, más allá de matices,
lo que a la postre importa es
si este tipo de cine reúne hoy la suficiente calidad
para despertar el interés del público.*

Entre las primeras, el profesor de la Complutense cita obras como *Elefante Blanco*, *De dioses y hombres* o *Cartas al padre Jacob*, “valiosas como cine y muy capaces de llevar a la reflexión plural en los espectadores, por lo que son modelo de lo que un cine religioso podría hacer hoy”.

Mientras que califica a las segundas –Alexia, Érase una fe o Cristiada-For Greater Glory– de “películas mensajísticas, sin el requisito de la obra de arte de permitir una interpretación al público, que buscan la vieja predicación o la afirmación identitaria de un grupo religioso muy específico”.

Todo ello, teniendo siempre muy presente la apreciación que introduce Orellana: “Con frecuencia, la calidad va ligada a los presupuestos, que en muchas ocasiones son escasos y obligan a producciones de corte más televisivo”.

Salvando este escollo no pequeño, y al margen de otros juicios, sí parece que se está produciendo “un acercamiento de la fe a las cuestiones más cotidianas”. Al menos, así lo percibe Pablo Moreno. “Quizá la crisis tenga algo que ver”, apunta el joven realizador mirobrigense, pero “comienza a haber diferencias a la hora de explicar un hecho religioso: las grandes historias de fe transcurren en los pequeños actos cotidianos de entrega absoluta hacia los demás, en la caridad; y eso hace que cualquier película que contenga aspectos espirituales subyacentes aumente su calidad narrativa”.

Sucedo, sin embargo, que la tan debatida calidad en ocasiones se resiente por prestar más atención a lo que se quiere contar que al modo de hacerlo. “Afortunadamente, no es la tendencia mayoritaria”, asegura Orellana, aunque admite que “a veces ocurre y es un desastre”. “El cine debe ser cine, y los contenidos deben estar perfectamente expresados en lenguaje cinematográfico –reclama el director del Departamento de Cine de la CEE–. Una película no puede ser una homilía ilustrada ni un discurso fotografiado”.

Pablo Moreno encuentra una posible explicación a este extravío: “Nos puede el hecho de querer contar un mensaje con un exceso de didactismo, dejamos expuestas nuestras intenciones de una forma demasiado explícita”, reconoce en su condición de cineasta. A su entender, el problema es “fundamentalmente narrativo: el cine religioso tiene grandes historias que contar (de superación, de esperanza, de amor y valor), pero no se cuentan de la forma adecuada”.

Ya no solo porque centrarse demasiado en el mensaje supone ignorar otros aspectos fundamentales, sino porque “queremos contar los acontecimientos fundamentales olvidando las tramas secundarias”.

“Los personajes en ocasiones son compendios de virtudes, inmaculados, sin debilidades –explica el director de Un Dios prohibido–, y eso en la vida real no es así. El espectador se identifica menos con este tipo de personajes, y en sus historias, absolutamente predecibles, no hay lugar para la sorpresa”. La consecuencia está servida: el rechazo del espectador. El mismo que, “por muchos prejuicios que pueda tener, siempre reconocerá el talento de una historia emocionante bien contada”.



<http://www.vidanueva.es>